

La pintura de Juan de Echevarria

Juan de Echevarria no es, pues un autor vizcaíno, es un pintor cántabro. Al literato le es difícil no crear diferenciaciones bien en detalles, bien con una situación de vocablos, y basta la diferencia de un vocablo para no entenderse. Es necesario, para que nos entendamos que todos hablemos el mismo idioma y cuando los idiomas son diferentes, nos creamos imágenes, nos desconocemos completamente. Pero los que no se entienden por vocablos sino por los ojos de la luz, crean e interpretan mejor las afinidades. Por eso, mientras en la región cantábrica, el vizcaíno, el guipuzcoano o el montañés o el astur o el galaico al hacer literatura, al hacer palabras se diferencian, el pintor, como no encuentra estas diferencias creadas por el hombre, sino la afinidad creada por la naturaleza da el resumen de un alma más vasta que el alma literaria. Este es el caso de nuestro pintor. Es resumen cristalino del alma cántabra, de toda la emoción del mar y de la montaña verde. Y así los paisajes son por igual evocaciones de toda región que se extiende hasta Finisterre. Y polarizando otra de sus actividades penetra en las tierras de Castilla y toma de Castilla la severidad austera que da el carácter. El carácter no es otra cosa en quien lo tiene que austeridad, o sea la obra lenta de la vida y de la conciencia. Sin conciencia no hay carácter. Los niños no tienen carácter, ni los salvajes tampoco. La belleza de los viejos es el carácter, que es su diferenciación con todos los demás.

Juan de Echevarria ha encontrado estos dos polos y tiende hacia ellos y así parece como ave que abriese sus alas y las alejase inmensamente de su arranque. Esta enseñanza espiritual es muy de tener en cuenta. Pero es que en este pintor se encuentra siempre polarizaciones, se abren siempre dos alas a dos mundos opuestos: a un mundo eufórico y a un mundo atormentado. Es, pudiéramos decir, romántico y decadente. Es romántico, porque el romanticismo no es otra cosa que el goce y la pasión por la vida, y es decadente, porque el decadentismo no es otra cosa que carácter y conciencia. Y así ocurre que cierra los dos extremos de los tiempos: el futuro y el pasado. Todo arte joven es un arte del futuro, es un arte erótico que va con la vida que no tiene pasado. No sabe del antes, el antes para él no ha existido. Y esta furia creadora es el romanticismo. Detrás de esta furia creadora esta la furia de no poder crear. La mirada ve solo las cosas que fueron, que se sucedieron y quiere desenvolver en ellos todos los instantes en el instante en que se vive.

De estos dos extremos que tuvo el griego y que tuvo el gótico son las pinturas de Juan Echevarria. En sus paisajes, en sus naturalezas muertas, en toda la visión luminosa se nos aparece lleno de furia de futuro, de ímpetu sagrado. Quizá por dolor va en el hombre el acabamiento, un fin no conseguido jamás, y lo mira con la furia que miraba las formas el gótico, que

las transformaba y depuraba hasta llegar al monstruo, y en todos sus retratos el retratado tiene algo de monstruo. Ciertamente, yo les encuentro la tristeza de esos perros sabios que, entre los telones de un circo, filosóficamente están esperando que llegue la hora de hacer sus monadas, y que tienen la tristeza de hacerlas en la plaza de un pueblo manchego, sin Quijote y sin Sancho. Es difícil reunir estas dos condiciones tan contrapuestas: la visión del futuro, el sentimiento futuro de la vida y el dolor del pasado. Pero se dan yuxtapuestos como se dan en la historia del arte, yuxtapuestos.

En la Antigüedad no existe el retrato. Los griegos no supieron del retrato. Los griegos buscaban la belleza arquetipo. Buscaba al hombre bello, no determinado hombre. Y así sus mitos eran la creación de arquetipos. El retrato todavía no es el camino inmediato seguido del Arte, al pasar de los arquetipos. Primero fue crear, antes de llegar al carácter, el andrógino, lo ambiguo. Y cuando los griegos depuran su arte y surge la forma de la Venus de Milo, hallamos que la Venus de Milo es una suma de líneas masculinas y líneas femeninas en una suprema armonía. Con el Apolo se observa un sentido contrario y entra ya en la creación de monstruos. Habían querido unir formas contrarias. ¿Y que es el Centauro sino la unión entre el hombre y el caballo para crear una nueva forma? . No es la sirena otra cosa tampoco.

Llega el concepto del carácter, el concepto monstruo de querer crear formas que no existían en la Naturaleza. Más tarde, llega el carácter, que es ya una decadencia; pero cuando el carácter de las cosas cuida de buscarle a cada uno distinto y con una forma única distinta de las demás, es el momento gótico, el momento de la preocupación individual, cuando el mundo está lleno de temblor, cuando se afirma la idea de la responsabilidad, es cuando surge el carácter.

En Juan de Echevarria se observan estos dos polos de juventud del arte y del carácter. ¡Pero qué rara vez se encuentran en un mismo artista! Y si se encuentran, en épocas diversas: pero resumidas en un momento, en una misma hora de labor, ese caso es muy raro, y de un avaloramiento de la obra artística extraordinario. Y no se alcanza todo lo extraordinario que es porque no es frecuente. Si fuese un valor frecuente, estaría ya perfectamente definido y aquilatado su mérito y su esfuerzo; pero como no es frecuente, no alcanzamos toda la fuerza que tiene. Parece como que en este pintor se ven dos modos de entender la belleza, y alcanzando que la belleza no es una condición de esencia, sino una condición adjetiva y de esencia en el sujeto, comprendemos que todas las cosas son igualmente bellas para el que sabe amarlas.

El que se coloca ante un árbol y lo ve con todos los intereses de todos los seres, lo ve desinteresadamente, lo ve con completa universalidad. Pero el que se coloca ante un árbol solo con su interés, no lo ve sino de un modo mezquino, fuera de la belleza, lo ve sin amor. El leñador que mira al árbol para ver la leña que de él puede sacar, lo ve sin belleza. El cazador que

cansado, se sienta a la sombra para descansar, lo ve sin belleza; la oruga que se arrastra por la hoja y la va bordeando y comiendo, lo ve sin belleza. Pero el artista lo ve con la visión del leñador, del pájaro, del cazador, de la oruga; lo ve con una visión universal, y ver con esta visión universal, desinteresada y gozosa, es crear la belleza, que no está en las cosas. Todas las cosas son igualmente bellas para el que sabe amarlas y todo está lleno de desinterés. Todo artista sabe amar y así, cuando mira al mundo, estas naturalezas muertas, las ama tanto, tan excelsamente, que convierte la pintura en algo más que pintura, en algo más que emoción, en un sentimiento lírico y musical, y por eso viene la materia del paisaje a crear un sentido que no es fría cultura, sino que llega a dar un sentido de perpetuidad a la materia.

Pero como todo artista tiene su mundo y tiene que ser un creador. No ve la realidad de las cosas, porque las cosas no son como se nos representan, ni siquiera como son. Las cosas todas son como fueron ideadas. Dice Goethe que la misión del artista es ver en todas las cosas el sentido con que nacen y que por impedimentos exteriores o por falta de fuerza generadora no llegan a concretarse y definirse. Y así ve en las cosas el intento y no la realización. Por lo tanto, viene Goethe a ser aquí un Platón que va en peregrinación sobre el arquetipo, sobre la primera idea de las cosas, sobre Platón el divino. Esta creación es la de todo artista y todo niño. Todos los niños son creadores de un mundo. No hay niño que no haya sido un Miguel Ángel. Y está en lo íntimo de la conciencia infantil esto de crear de nuevo el mundo, de sacarle de sus módulos, que todos los cuentos están llenos de enanos y gigantes. Cambian lo primero, siquiera las proporciones geométricas de la figura humana y después cambian la materia de las cosas. En los cuentos de hadas los frutos son de oro, los árboles de diamantes, los prados de perlas, todo de una sustancia mineral y eterna. Y es que todo niño en el fondo es un platónico.

Esta suprema visión es la gracia de este artista. El ser un niño dolorido, el ser un niño triste, melancólico y las fuerzas juveniles son siempre los grandes móviles para hacer artistas.

Hay que vivir de recuerdos, hay que saber amar y llorar. No se hace todo con lágrimas en Arte; pero no se hace tampoco todo con amor. El Arte es una mezcla de retazos de la vida entera. Y este pintor que podía haber gozado de una vida placentera, ha buscado uno de los caminos más tristes y más arduos y más llenos de desaliento y más ingratos. Ha olvidado la tranquilidad del burgués, ha olvidado todas las cosas que da el enajenarse, y ha entrado de lleno por la vereda austera del hombre que quiere labrar su personalidad, afirmarla y hacerla eterna. El sentimiento de eternidad que es el que anima a todo artista, es el más doloroso. Hubo un tiempo en que toda España vivía conmovida por este sentimiento de eternidad. Los españoles soñaban y querían conquistar mundos y los conquistaban. Y el que no podía conquistar un mundo soñaba con conquistar una ciudad y el más humilde

soñaba con levantar un puente, un hospital o un convento, y el último soldado que había llevado una espada o cargado con un arcabuz, pensaba en perpetuar un linaje y en crear las obligaciones de la sangre. Pero hoy se ha perdido toda idea del sentido de la permanencia. El español vive sus horas y las crea tan cortas, que no vacila un solo momento en olvidarse de la historia, en olvidarse de su dignidad y de sí mismo y de prostituirlo todo.

"Saludemos, pues, a los hombres que teniendo en la vida seguras las falsas alegrías, han sabido ir derecho al dolor para hacerse eternos con los pinceles y crearse una personalidad que pasase a través de los siglos. Saludemos, señores, a Juan de Echevarria".

Ramón del Valle-Inclán -Conferencia en el Salón de la Filarmonica
en Bilbao- EL LIBERAL Bilbao 13-6-1923